

La pandemia debilitó una serie de creencias sobre el futuro

Humberto Jaimes Quero

Lic. Comunicación Social (UCV). Magíster en Historia de las Américas (UCAB). Investigador del Centro de Investigación de la Comunicación CIC (UCAB) desde 2019. Profesor en pregrado y postgrado en Comunicación Social UCAB desde 2014. Fue periodista de investigación en la revista *Exceso*, *El Universal*, *Ultimas Noticias*. Es director Adjunto de la Fundación Humberto Jaimes Sánchez. Trabajó como asesor y supervisor de comunicaciones en Petróleos de Venezuela (PDVSA).

Resumen

El Covid-2019 demostró que el mundo no estaba preparado para trabajar “en equipo” frente a este tipo de amenazas capaces de interrumpir el devenir humano. Esta pandemia constituye un “ensayo” de probables crisis futuras generadas por el cambio climático, un colapso energético u otro acontecimiento que podría desembocar en una sociedad donde hay menos producción, menos movilidad, menos publicidad, menos empresas, en fin, “menos en lugar de más”.

Palabras clave:

Covid-19, comunicación, revolución, desarrollo, crisis

The pandemic weakened a number of beliefs about the future

Abstract

Covid-2019 demonstrated that the world was not prepared to work "as a team" in the face of these types of threats capable of interrupting human evolution. This pandemic constitutes a "test" of probable future crises generated by climate change, an energy collapse or another event that could lead to a society where there is less production, less mobility, less advertising, fewer companies, in short, "less in place the rest".

Keywords:

Covid-19, communication, revolution, development, crisis

Introducción

Las noticias sobre pumas, venados y pequeños roedores que en marzo pasado tomaron las calles de París, Santiago, Caracas y otras ciudades nos recordaron un conocido documental transmitido por History Channel unos años atrás: “La Tierra sin humanos”. De hecho, trajeron a nuestra memoria esas piezas apocalípticas como “I am legend”, el film que relata las peripecias del científico Robert Neville para descubrir una vacuna que acabe con la expansión de una extraña plaga. La historia tiene lugar en Nueva York, una metrópolis convertida en una suerte de campo abandonado y desaliñado, donde solo se percibe un silencio oceánico, una soledad infinita, y donde unas criaturas humanoides infectadas, tipo zombis, salen al anochecer a buscar su preciado alimento.

Estas imágenes me parecen un recurso válido al momento de reflexionar acerca de esta suerte de peste de nuevo cuño, el coronavirus o “virus chino”, que como todas las anteriores generó sensaciones de angustia en la humanidad y cuya proyección en el tiempo está por verse.

El COVID-19 desató miedos e incertidumbres de proporciones gigantescas sobre el futuro de la civilización, dejó claro que acontecimientos específicos (imprevistos o no) pueden alterar rumbos esperados, que el venerado desarrollo tecnológico y científico a menudo no puede impedir que irrumpan elementos letales en el devenir del *homo sapiens*; que la sensación de control sobre el destino es frágil; que las advertencias acerca de los peligros inminentes que aquejan a la humanidad (entre ellos las pandemias) son algo más que ficción hollywoodense; y que el modelo de desarrollo debe atender otras preocupaciones que van más allá de una ecuación económica o las bondades del mercado.

Ya lo han advertido científicos y plataformas multilaterales como UNESCO: la humanidad no es sostenible si no se introducen modificaciones que permitan abordar los problemas inherentes al desarrollo como son: el calentamiento global generado por el “superindustrialismo” y el uso de combustibles fósiles; la escasez de recursos naturales derivada de la creciente demanda por parte de una población que crece todos los años; la existencia de amplios sectores en situación de miseria; las enfermedades contagiosas y los riesgos de pandemias.

Nadie está exento de estas amenazas, aunque la rutina diaria nos induce a pensar otra cosa. Solemos centrarnos en este engranaje natural y automatizado que es la rutina, y olvidamos que por encima de esta circunstancia cotidiana el mundo está enfrentando retos que, como el coronavirus, en

un abrir y cerrar de ojos pueden poner en jaque la existencia misma de la sociedad tal como la hemos conocido, la forma como veníamos actuando y nuestras expectativas futuras.

En los últimos tiempos la eclosión de las tecnologías de la información y la comunicación, por ejemplo, con sus numerosas bondades, nos insinuó que avanzábamos en una espectacular era de *cambios y progreso* sobre la cual podrían cifrarse enormes esperanzas, incluso para las organizaciones, pero con esta pandemia reciente tales expectativas se desinflaron. Otro tanto puede decirse acerca de las laureadas cifras de crecimiento económico o la exhibición de atractivos indicadores macroeconómicos: crecimiento en medio de una peste no arroja resultados muy alentadores ni coherentes.

La revolución del más

Hace más de un lustro, el periodista y escritor Moisés Naím planteó en *El Fin del Poder* que en el mundo están gestándose cambios “revolucionarios” que “definen nuestro tiempo”. Se refería, en primer lugar, a la “revolución del más”, caracterizada por el “aumento de todo”, la población mundial, el nivel de vida, las tasas de alfabetización, la salud. En segundo lugar, mencionaba la “revolución de la movilidad”: la gente, los productos, la tecnología y el dinero se mueven más, a menor coste y llegan a todas partes. En tercer lugar, nos hablaba de la “revolución de la mentalidad”, la cual refleja los cambios en los modos de pensar de la gente, como se vio en la electrizante Primavera Árabe (2010-2012), que supuso una alteración en sociedades tradicionales impulsada por valores occidentales. (Naím, 2014)

Ciertamente estos cambios están ocurriendo aunque no desde tiempos recientes. Gracias a los avances en la medicina y la ciencia, la población mundial sigue aumentando a un ritmo nada despreciable y la esperanza de vida ha crecido. Hay estudios que indican que hacia 2050 India superará a China como el país más poblado. Por otra parte, es verdad que como consecuencia del avance tecnológico y su masificación, hay mayor cantidad de productos, y que la población se mueve con mayor facilidad. Y también es cierto que hay un cambio de mentalidad que, como explica el autor, en determinados países se tradujo en movimientos que lograron democratizar y modernizar las sociedades, como lo vimos en la Primavera Árabe. En Túnez y Egipto las tecnologías de la comunicación e información facilitaron la coordinación y animación de las protestas civiles contra el poder instituido. Una nueva mentalidad surgió y modificó el destino en estos países.

HUMBERTO JAIMES QUERO

El libro de Naím es muy interesante, está muy bien argumentado, tiene como méritos indiscutibles numerosos datos que permiten avalar los planteamientos sostenidos por el autor, así como una minuciosa concatenación de hechos, observaciones y razones que convierten al autor en un agudo observador de lo que acontece casi en cada rincón del planeta, desde China hasta Argentina, desde Australia hasta Alaska. Pero los efectos del COVID-19 sugieren que tal vez este mundo “del más” percibido por el autor refleja una visión demasiado optimista, porque puede sufrir severos estancamientos y considerables regresiones a partir de elementos “catastróficos” como una pandemia, el calentamiento global o una crisis energética. Esto no sería extraño en la Historia: en siglos pasados el hombre vivió acontecimientos catastróficos en diversas ocasiones, y no pocas veces tuvo que reiniciar la partida o tomar un rumbo alterno.

Uno de los principales desafíos del mundo es la producción, distribución y consumo de bienes y servicios para la creciente población. Más población implica más necesidad de materia prima y recursos naturales, más espacio, más consumo de energía y agua, más alimentos. Entonces, cabe una pregunta: ¿Siempre habrá más materia prima y más recursos para más población? ¿Por cuánto tiempo es sostenible esta tendencia? Hay bienes y servicios que seguramente no podrán multiplicarse de manera indefinida, que tal vez salgan del mercado porque no contarán con la materia prima o los recursos que permitan elaborarlos. Y en muchos casos, no está garantizado que disfrutemos de bajos costos para siempre, porque al escasear la materia prima, los recursos y los bienes, seguramente el valor de todos ellos aumentará. A no ser que por razones desconocidas el planeta pueda garantizar “de todo, para todos y para siempre”. Un reto difícil, por no decir imposible.

Otro punto crucial es la energía. El actual modelo de desarrollo de la humanidad en buena medida se sustenta en el petróleo, fuente que puede sucumbir en ¿30 años? ¿50 años? ¿100 años? De hecho, en varias facetas de la vida, las energías alternas (solar, eólica, geotérmica) convertirán al petróleo en un fósil de museo. Es lo que acontece en países como Alemania, Francia y Dinamarca, donde el automóvil a gasolina, por ejemplo, comienza a ser cosa del pasado, a diferencia de naciones como Venezuela, que siguen amarradas al *oro negro* y sobre todo a una mentalidad que tiene como epicentro el también llamado “aceite de piedra”.

La sociedad del presente y de unas cuantas décadas más en el porvenir, tiene una enorme dependencia del petróleo, dados los innumerables productos y procesos que todavía se desprenden del hidrocarburo: plásticos, medicinas, combustibles, ceras, fertilizantes, automóviles, medicinas,

industrias, comunicaciones, alimentación, *confort*. Pero en algún momento no será posible seguir apoyándose en el viejo “aceite de piedra”.

Las energías alternas aparecen como una opción respecto al *oro negro*, sin embargo, queda un largo camino que recorrer en investigación, implementación y costos. Lo relevante aquí es que un mundo sin energía tiende a no movilizarse, no producir, y un escenario como este conduce a pensar en “menos en lugar de más”, nos lleva a configurar una mentalidad basada en la escasez. El COVID-2019 no representa el fin de la era petrolera, o el Día del Juicio Final, pero constituye un simulacro de una situación catastrófica de escala global que podría presentarse más adelante a partir de un fenómeno como el cambio climático u otro.

En reciente entrevista con la agencia EFE, Naím sostuvo que el COVID-2019 es como una señal de alerta que obliga a pensar sobre el mundo y el capitalismo, es una suerte de ensayo sobre otros eventos que como el cambio climático pueden irrumpir en el futuro: “El cambio climático era muy importante antes del virus y sigue siéndolo a pesar de que nadie hable ahora de ello. Me temo que esto que nos está pasando, que es una crisis planetaria, es solo un ensayo general para cuando nos vengan los propios embates del cambio climático”. (EFE, 2020)

El escritor piensa que tras el coronavirus seguramente habrá cambios, tendremos cosas nuevas, más teletrabajo, educación y medicina a distancia, pero también otras cosas se mantendrán. Lo más importante, a su parecer, es que el capitalismo tiene que ser revisado y reparado: “Hay que reparar el capitalismo y dotarlo de fortalezas que ahora no tiene...”(...) el capitalismo, como lo conocemos ahora, es propenso a tener accidentes. Se accidenta con frecuencia y ocurren colapsos financieros y países que sufren catástrofes económicas. Hay que generar las condiciones gubernamentales, así como en las empresas y en el marco regulatorio, que hagan el capitalismo más estable y menos volátil. Cada vez que hay uno de estos colapsos el sufrimiento es enorme”. (EFE, 2020)

Revisar el capitalismo implica una profunda reflexión sobre el modelo de desarrollo sobre el cual se sustenta el mundo, se relaciona con el quehacer de las empresas, a veces solo concentradas en producir y vender, mercadear, generar importantes ganancias, hacer publicidad y comunicaciones con tales propósitos, mientras el planeta colapsa. Con el “virus chino” es posible que esta mentalidad haya sido afectada, porque producir carece de sentido en un planeta destruido en una sociedad sumergida en enfermedades. En adelante, las empresas e instituciones deberán preocuparse más en los

elementos del entorno, en la gestión de responsabilidad social, aunque seguramente no todos compartirán este criterio, como de hecho ha sucedido, y continuarán existiendo en su rutina diaria, sin ver a los lados.

Más esperanzas

En un contexto de crisis donde está en riesgo la vida, la gente suele moverse en los primeros niveles de la célebre pirámide de Maslow, intenta cubrir únicamente sus necesidades fisiológicas, de alimentación, seguridad, mientras que las necesidades de autorrealización, entre otras, pierden importancia. Es como si el comportamiento humano hubiese regresado a lo “esencial” de la vida.

En este contexto, las organizaciones pueden desdibujarse si contribuyen poco o nada a esas prioridades, o pueden transformarse y desaparecer para dar origen a otras formas de cooperación y trabajo entre las personas que intentan sobrevivir, caso de las improvisadas empresas de reparto a domicilio (*delivery*) que aparecieron en los cinco continentes, o las grandes firmas como Carolina Herrera, que decidieron fabricar y donar cientos de trajes para los médicos que se lanzaron a cuidar a las miles de almas contagiadas.

En esta crisis no faltaron las organizaciones que pecaron quizás de ingenuidad o inexperiencia, intentaron levantar el ánimo de sus trabajadores a través de campañas institucionales y mensajes estimulantes para fortalecer elementos como la identidad, la cultura y los valores de la organización, pero obviaron algo elemental: el trasfondo de la crisis era tan poderoso, que los esfuerzos por hacer *endomarketing* lucían un tanto fuera de lugar. La prioridad no era la empresa, pertenecer a ella, era sobrevivir. Un fenómeno parecido se dio en campañas dirigidas a levantar el ánimo de gente que quedó en la calle, sin trabajo, que espera un empleo real, una vida real, y no solo consignas de esperanza.

Aprender sobre la marcha

El abordaje de la pandemia, desde un principio, no escapó a esta modalidad que conocemos como “aprendizaje por ensayo y error”. Desde un principio tuvimos diferentes opciones de diagnóstico, tratamiento y contención del virus, algunas fueron exitosas, como el caso de Nueva Zelanda, otras fueron más trágicas, como España.

HUMBERTO JAIMES QUERO

El hecho es que en medio de serias dudas cada país actuó según su entender, a veces coincidiendo o no con otros países, o con los organismos internacionales especializados en el tema. La propia Organización Mundial de la Salud (OMS) incurrió en contradicciones respecto al uso o no de mascarillas. La historia se repitió en tópicos como el confinamiento total o parcial, los síntomas reales del contagio, los tratamientos con tales o cuales medicamentos, hasta que la propia experiencia de lo vivido (“ensayo y error”) en cierto modo enderezó un poco el asunto.

Lo anterior evidencia que el mundo no estaba preparado para asumir “en equipo” un problema de tal envergadura, aunque esto en parte se debe a que se trataba de un virus “nuevo”. La propia OMS, ente que debía servir de orientador, quedó como una institución de dudosa credibilidad al punto que millones de personas cuestionaron su reputación en las redes sociales.

El mundo tampoco supo cómo comunicarse para abordar desde el comienzo la pandemia, aquí también hubo contradicciones, dudas, falta de firmeza, lo cual fortaleció el sentimiento de incertidumbre. La sociedad careció de una orientación clara sobre cómo organizarse, cuáles serían las nuevas reglas del juego, qué debía informarse o no para contener el contagio y cómo asumir la nueva cotidianidad. También tuvimos exceso de información, a veces falsa, lo que terminó agudizando esta mezcla de incertidumbre y angustia planetaria. Solo después de varias semanas de experiencia es que hubo alguna claridad.

La gente común, los entes públicos y privados en Venezuela y otros países intentaron organizarse e informar “sobre la marcha”, siguiendo las medidas oficiales de confinamiento y las recomendaciones de algunas voces autorizadas, aunque también es cierto que ante las urgencias de la vida, en los sectores populares muchos decidieron no acatar el confinamiento, salieron a trabajar, buscar agua, abrir su negocio, vender baratijas. Como si nada hubiese sucedido.

Trabajo y educación

Dentro de las estrategias de “ensayo y error” en las organizaciones destacó el uso de las redes sociales y otras tecnologías. El teletrabajo demostró que puede contribuir a sostener algunas actividades en las organizaciones, pero cuando el confinamiento se convirtió en “encierro permanente”, esta alternativa pasó a ser improductiva y tediosa, por una razón muy sencilla: la gente necesita salir a los espacios públicos, conversar e interactuar con sus semejantes en la calle. El hombre

no soporta el encierro, no puede vivir encarcelado, necesita acudir a los espacios públicos a interactuar con sus semejantes y comunicarse.

Es cierto que las redes sociales y otras plataformas para comunicarse facilitaron las actividades laborales así como la realización de cursos y clases *on line*. Pero la praxis también demostró otros resultados; primero, que los estudiantes no pueden dedicar toda una mañana a esta modalidad, porque se agotan, terminan hastiados; y segundo, que los estudiantes necesitan socializar en vivo, cara a cara, cuerpo a cuerpo. La vida digital tiene sus límites.

Particularmente en Venezuela, el confinamiento por el COVID-19 dejó ver la poca preparación de las instituciones educativas al organizar la educación bajo modalidad digital. Al iniciar el confinamiento, solo 47% de la población estudiantil tenía acceso a la red, una de las tasas más bajas de América Latina. También debemos considerar a las millones de seres que no disponían de PC, Tablet, telefonía móvil, y no podían seguir las clases. Ni hablar de las interrupciones eléctricas y sus efectos.

La pandemia también impactó el tamaño de las organizaciones, ante la caída abrupta y estrepitosa de las actividades económicas, los despidos llovieron como arroz. En las primeras semanas del confinamiento, por ejemplo, en Estados Unidos se produjeron 22 millones de desempleados, de los cuales solo una parte logrará regresar al mercado laboral. La CEPAL ya ha dicho que la recesión desatada por el denominado “virus chino” tendrá enormes repercusiones en América Latina: desempleo, cierre de empresas, caída del producto interno bruto. Esto quiere decir que muchas organizaciones no reabrirán sus puertas.

La comunicación en las organizaciones sufrió el impacto de la crisis en diversos terrenos: al caer la actividad económica cesó el movimiento publicitario, los medios entraron en crisis económica y creció el desempleo en especialidades como editores, reporteros, así como en todo lo relacionado a mercadeo y publicidad. Pero también es cierto que pequeñas empresas vivieron un momento de crecimiento al ofrecer productos que no estaban disponibles en las nuevas condiciones del mercado, caso de los servicios de reparto a domicilio (*delivery*) que distribuyeron alimentos y medicinas.

Si nos guiamos por la tesis del “más” formulada por Naím, cualquier podría pensar que en un mundo donde hay más productos, más movilidad, más gente saludable, seguramente necesitaríamos más publicidad, más mercadeo, incluso más información, más redes sociales, más *community*

HUMBERTO JAIMES QUERO

manager. Pero la contracción derivada de la pandemia obliga a pensar en otros escenarios que pueden surgir en el futuro, si no se atienden las amenazas latentes sobre el porvenir de la humanidad. No estamos seguros de que nuestro modelo de desarrollo logrará o demandará siempre más productos, más mercadeo, más publicidad, incluso más comunicadores sociales¹. Los hechos así lo insinuaron.

Tal vez en algunas áreas necesitaremos menos en lugar de más: menos automóviles a combustión, menos publicidad de este tipo de productos, menos concesionarios y menos plantas ensambladoras. En fin, es posible que de cara al futuro tengamos otro tipo de desarrollo.

Referencias bibliográficas

Agencia EFE, “Moisés Naím: El capitalismo va a necesitar reparaciones después del Covid-19”. Reproducido en La Patilla, 29 de abril de 2020. Recuperado en: <https://www.lapatilla.com/2020/04/29/mois-es-naim-el-capitalismo-va-a-necesitar-reparaciones-despues-del-covid-19/>

Alles, Martha (2007). *Comportamiento Organizacional. Cómo lograr un cambio cultural a través de la gestión por competencias*. Granica, Buenos Aires.

D’Amico, Margarita (2015). “Reinventando futuros. Un recorrido de emergencia por la comunidad global del siglo XXI”, pp. 15-23. En: revista *Comunicación. Estudios venezolanos de comunicación*. 3er y 4to trimestre de 2015, Número Aniversario 171-172, Fundación Centro Gumilla, Caracas.

Naím, Moisés (2014). *El fin del poder*. Random House Mondadori S.A., Colección Debate, Primera reimpresión.

UNESCO (2003). *Sostenibilidad planetaria en la era de la sociedad de la información y el conocimiento. Por un mundo y un futuro. Camino al 2015*. París.

¹ Ver: <https://humbertojaimesq.wordpress.com/2020/05/19/exceso-de-comunicadores-sociales/>